

Hermanas para siempre

Un soleado día de primavera, Tanit, de ocho años, y su hermana pequeña Isona, de seis, se preparaban para una nueva aventura. Vivían en un pueblo rodeado de bosques misteriosos y campos verdes, y siempre soñaban con explorarlos. Aunque Tanit era mayor y solía sentirse la protectora de Isona, sabía que también aprendía mucho de ella.

—¡Hoy buscaremos el Libro de los secretos en el bosque encantado! —dijo Tanit emocionada, poniéndose la mochila—. Dicen que quien lo encuentra aprende la lección más importante del mundo.

Isona sonrió, con los ojos brillantes de curiosidad.

—¡Estoy preparada! Pero, Tanit, ¿prometes no dejarme sola?

Tanit la miró y respondió:

—Prometo que estaremos siempre juntas, pase lo que pase.

Las hermanas se adentraron en el bosque. Los árboles eran grandes y el viento hacía murmurar las hojas. Por el camino encontraron animales simpáticos, como una ardilla que las guiaba saltando de rama en rama. Todo iba bien hasta que llegaron a un viejo puente de

cuerda sobre un río profundo.

—Yo puedo cruzar fácilmente —dijo Tanit, dando un paso adelante. Pero Isona miró el puente con miedo.

—¡Tanit, tengo miedo! ¿Y si se rompe? —preguntó con voz temblorosa.

Tanit se detuvo a pensar. Recordó que ser la hermana mayor también significaba estar siempre a su lado. Volvió junto a Isona y le cogió la mano con firmeza.

—Yo también tengo un poco de miedo, pero sé que podemos cruzar juntas —dijo con una sonrisa dulce.

Poco a poco atravesaron el puente, de la mano y confiando la una en la otra. Al llegar al otro lado, rieron de alegría.

—¡Lo hemos conseguido! ¡Juntas somos invencibles! —exclamó Isona.

Más adelante encontraron una cueva brillante. Dentro, sobre una piedra, estaba el viejo y misterioso Libro de los secretos. Tanit lo abrió con cuidado y leyó la primera página:

“El secreto más grande es este: nunca estás sola cuando tienes a alguien que te quiere y con quien puedes contar”.

Las hermanas se miraron y se abrazaron con fuerza.

—¡Este es nuestro secreto! —dijo Isona, riendo.

Desde aquel día aprendieron que, pese a sus diferencias y sus miedos, siempre podían confiar la una en la otra. Siguieron viviendo nuevas aventuras, sabiendo que juntas podrían superar los obstáculos.